



CARTA DEL PRESIDENTE SOMOZA

PRESIDENCIA DE LA REPUBLICA
MANAGUA, NICARAGUA, C. A.

8 de febrero de 1961

Señor Director de "Revista Conservadora"
Don Joaquín Zavala Urtecho,
CIUDAD.

Señor Director:

El tono inesperado de la carta del señor Ex-Presidente de Costa Rica, don Otilio Ulate Blanco, que "Revista Conservadora" acoge en sus páginas de Enero, con omisión de un párrafo que aparece en el original, me exime de una contestación directa, por cuanto pudiera tomarse tal obsequio a la cortesía en mengua de la dignidad que represento. Ni el más exigente estilo democrático obliga a un Jefe de Estado a cruzar aceros con periodista que afila el suyo en gratuita mala voluntad o traslada a campos privados la discusión de ideas por más que disimule utilizarlos como argumento en el debate público, entre estudiadas excusas. Mucho menos con quien encuentra en personal encono, ocasión para denigrar a un pueblo de heroica estirpe, así sea para exaltar al suyo que no necesita, para tan fácil empeño, de la agresiva comparación. Suficientes excelencias tiene Costa Rica para sobresalir, como sobresale, en el concierto de Naciones, sin detrimento de ninguna otra

La historia no se forja con datos inconexos elegidos al capricho, ni con síntomas externos, ni con lo que sube a la superficie —espuma o ceniza—, sino con la investigación desinteresada y paciente, con el descubrimiento de ese río que corre por debajo de los sucesos y los determina y los explica, aun cuando sean los hombres insumisos al destino.

Niego al señor Ulate Blanco, por más que me complace ser sensible al olor de virtud que exhala de su carta, competencia histórica y autoridad política para destituir de patriotismo y majestad la historia de Nicaragua, para interpretar su pasado y leer en su porvenir, formulando ingrato vaticinio, como si fuera juez inmaculado e implacable profeta.

La influencia e intromisión de los Estados Unidos en América Latina, en Centro América y muy particularmente en Nicaragua, no es para dilucidarse en carta tendenciosa, en polémica política y casi de propaganda electoral que más atiende al efecto inmediato, que a la causa distante. Una empresa histórica de tal categoría, que debe hacerse cargo de fenómenos que se entrelazan a la independencia misma y prolongan a nuestro tiempo sus venturas y desventuras, más que la pluma fácil requiere el difícil escalpelo, el gabinete tranquilo del estudioso y no el escritorio revuelto y apremiado del periodista, la visión del historiador que escudriña y no la mirada parcial del político. De los elementos y citas que Don Otilio Ulate propone en su carta, como si fuera un viejo Dios irritado en su Olimpo, dispensando a los pueblos absolución o escarnio, no puede deducirse la incapacidad de Nicaragua para regir sus destinos nacionales, ni afrenta indiscriminada para los nicaragüenses, ni excepción bachornosa en un proceso que es de siglos y es común a los países todos desprendidos de la corona española. Si Nicaragua se alza con más orgullo y dolor que los demás, no es porque lo cubra manto de ignominia, sino por su repetida condición de víctima y porque nació en su suelo el jefe del idioma que había de resimir en su canto, el clamor continental.

Es complicado y es remoto el ovillo de la historia que se enreda en las manos de Don Otilio. Cuando el 7 de octubre de 1492, cinco días antes del Descubrimiento, se cambió el rumbo de las Tres Carabelas de Colón, ya estaba trazado el destino histórico de las nuevas tierras

continentales. Un revuelo de aves marinas, entre velas y mástiles, "señaló dónde se asentaría la población de habla española y qué territorio quedaría abandonado para que, muchas décadas después, fuera asiento de las gentes de habla inglesa. Pasaron siglos y siglos y los poblados fueron creciendo en número y potencia alejados entre sí. Y es notable que en tan dilatado entretanto previera un poeta el futuro de las dos Américas. "Cuando —escribe en 1684 Sir Thomas Browne— la Nueva Inglaterra conturbe a la Nueva España. . .". "En efecto, escribe Cabrales, ya la Nueva Inglaterra se había convertido en el poderoso Estados Unidos de América y cuando la Nueva España se había independizado y trataba de organizar sus gobiernos, conturbó esa organización la influencia ideológica y diplomática de Washington".

Puede seguirse tan dramática circunstancia a la luz de los trágicos y desgarrados héroes de la Independencia Suramericana; en la pugna, digamos, entre Bolívar y Santander. En el Noite, al coronarse Iturbide Emperador, se desatan en México luchas internas, que toman bandera de los ideales norteamericanos. En Centro América, mientras Costa Rica decreta su anexión a Colombia, la nación Salvadoreña, también como aquélla en ofuscado momento, proclama una romántica anexión a los Estados Unidos, para evadir el vasallaje del Imperio Mexicano.

Va creciendo arrollador el poderío del Aguila. Los Estados Unidos adquieren por tratado y venta, que son consecuencias de su triunfo con las armas, California, Arizona, Nuevo México y Tejas. Para esa época, Centro América se debate entre ambiciones imperiales. Inglaterra ocupa un tercio del territorio nicaragüense e islas en el Golfo de Fonseca y en el Atlántico hondureño. Así, al primer diplomático de los Estados Unidos lo reciben ilusionados nuestros pueblos, desde Guatemala hasta San José de Costa Rica, como a quien viene a salvarnos de las garras de lejanas Potencias.

Seis años después del espejismo del Señor Squier, llega para Nicaragua la amarga prueba del filibusterismo, a la que se asoma Ulate Blanco con ojo calculado, ya sea porque le abruma el abismo de la desgracia centroamericana, o le dá vértigo la altura del San Jacinto nicaragüense.

Desde la conquista, o desde antes, Nicaragua fué marcada con signos estelares que no son solamente "la inteligencia exquisita y el espíritu de trabajo", únicas virtudes que el periodista vecino reconoce en los nicaragüenses. Con ellas puede Ulate explicar el modesto aporte de nuestras "inmigraciones masivas" al engrandecimiento de su patria; pero no son suficientes para esclarecer un destino nacional, que radica fatalmente en la importancia de Nicaragua en la geografía de la esfera terrestre. Para definir el carácter del nicaragüense, su cólera pronta, su ser y antigua pasión, no basta el análisis somero, ni el juicio superficial. Habría que remontarse a los habitantes precolombinos, agricultores y marinos audaces que, según relatan los historiadores, por mar, llevaron hasta Chiapas sus dominios y fundaron un reino, que estudiar el temple de los conquistadores y las empresas de la Colonia, con hombres de la talla de Belalcázar y de Hernando de Soto, que fueron grandes en el Perú, en la Nueva Granada, en La Florida y en el Río Mississippi. En Nicaragua se oyeron, en 1810, las primeras campanas de la Independencia centroamericana, según el testimonio de Don Sofonías Salvatierra. Ulate acusa, donde no puede explicar.

Negado a estudiar o comprender en su emotividad viril, en su desgarrada heroicidad, la tragedia de nuestras guerras civiles, se concreta a difamarlas. Yo no formulo ni culpa ni excusa al bando de Jerez que contrata, al uso de la época que es todavía actual costumbre, una falange extranjera en la contienda intestina de 1855; pero rechazo, en nombre de la Nación, "las inclinaciones morbosas" que atribuye el señor Ulate Blanco a los dirigentes de mi patria, sean liberales o conservadores; y, en nombre de la Nación y de la historia, rechazo que algún sector responsable de nicaragüenses haya aceptado como Presidente de la República al Jefe de los Filibusteros, como asegura temerariamente el periodista extraño. Desde muy antes de tal iniquidad, Walker había sido declarado oficialmente traidor y se organizaba activamente la resistencia, en todos los rumbos. Que haya habido individual traición, no puede cobrarse a la totalidad de un pueblo ni a sus partidos organizados. Es notorio que son extranjeros los Ministros que Walker designa, en su gran mayoría y que son totalmente extranjeros los Magistrados de su Corte Suprema de Justicia, porque no encontró abogado nicaragüense que aceptara la curul infamante. Precisamente cuando el filibustero incurrió en la osadía presidencial y ya eran públicos sus planes de conquista de los otros estados centroamericanos, se selló la paz entre los bandos nicaragüenses y juntaron en frente común su repartido coraje, para echar al mercenario convertido en usurpador. Si hubo pecado lo borró la sangre, y limpia de afrenta se levanta Nicaragua a la consideración imparcial.

En tierra de mi patria, en los corrales de San Jacinto, soldados nicaragüenses libraron la primera batalla que ganó Centroamérica en la Guerra Nacional y obtuvieron el primer triunfo continental contra la esclavitud. Fué hasta seis años después de esa Batalla, "Esfinge de luz pren-

dida en la sombra", que estalló la guerra civil en los Estados Unidos, entre los del Norte y los del Sur. Extraño sino el de esta Nicaragua mía sellada con fuego por la mano misma de Dios

En qué temeridad nicaragüense, encontrará el Director del "Diario de Costa Rica", asidero para exponer a juicio público el Destino Manifiesto, la Política del Garrote y la Diplomacia del Dólar?; en qué "morbosas inclinaciones" de los nicaragüenses encontrará lógica para exponer a colectiva anatema la tragedia de Cuba, los calvarios de Santo Domingo y Haití, el escándalo de Panamá, naciones que nombro con la encendida simpatía y respeto cordial que les profeso? La ola imperialista saltaba todos los diques e imponía su voluntad suprema, encontrara o no, a su paso conquistador, cómplices complacientes o patriotas excelsos, que nunca faltaron en nuestras Repúblicas. En una América dispersa y pobre, los Estados Unidos poderosos hacían y deshacían con las naciones débiles en donde tenían interés continental, político o económico. Eran llevadas a su conveniencia a firmar o romper tratados, a la guerra o a la paz, a la desunión o a la fatal rivalidad. México fué apartado como fedatario de los arreglos centroamericanos patrocinados por los Estados Unidos, porque esa generosa nación prestó ayuda al Presidente Zelaya. (Zelaya fué el caudillo de una de las verdaderas revoluciones que glorifican a nuestros pueblos y fué bajo su mando que Nicaragua reincorporó su Costa Mosquitia, epopeya que no disminuye ningún silencio receloso. Es larga y escabrosa la lucha por ese Litoral, talvez la más interesante que ofrece la historia de América. Inclusive Nicaragua, muchas veces solitaria, tuvo que afrontar el dolor de que naciones hermanas, una de ellas Costa Rica, se aliaran sigilosamente a la Gran Bretaña, para que ese Imperio consumara sus ansias de apoderarse de nuestra Costa Atlántica)

En 1848, año en que pierde México la mitad de su territorio, los Estados Unidos van a fijar sus ojos por primera vez en las vías interoceánicas para hacer pasar de mar a mar la emigración hacia la Costa del Pacífico en donde habían descubierto minas de oro. Desde ese instante, irrecusablemente, entran los Estados Unidos y sus designios en la historia de Nicaragua. Es en su territorio, sede de universales destinos, que van a enfrentarse, por primera vez, el imperialismo de Inglaterra y el naciente imperialismo norteamericano.

No podemos renunciar a nuestra geografía y sus fatales consecuencias históricas. Y así, cuando Zelaya en 1909 suscribe con una Compañía inglesa la construcción de un ferrocarril interoceánico, la Nota Knox decreta su caída. Ninguna voz vecina se levanta. Solo México tiende la mano al Presidente errante y a su país en duelo. Va a cerrarse, pocos años después, con el Tratado Chamorro-Bryan, una árdua lucha contra el predominio en tierra nuestra de la raza de origen inglés: lucha contra los piratas, contra los mosquitos, contra los filibusteros, contra los ejércitos oficiales de Inglaterra, contra William Walker y su falange mercenaria. Lo que faltaba para contener la intervención no era patriotismo nicaragüense, que lo hubo en abundancia, sino que los propios Estados Unidos y sus líderes recobraran la prestancia de Jefferson y revisaran por sí mismos su propia política y que se formara una conciencia americana, con instrumentos prácticos y operantes. Y es de nuevo el poeta nicaragüense y de la raza el que augura "la mágica influencia" del Norte sobre el Sur, esa moderna doctrina que nos une y nos conforta en nuestra época. En ella han ganado las pequeñas naciones su larga batalla de la No Intervención, se ha modificado la relación económica, aun la ejercida por empresas inversionistas que muchas veces fueron árbitros de presupuestos y soberanías y se ha, en fin, organizado la vida fraterna y respetuosa de las dos Américas. Panamá ha conseguido importantes reparaciones en el convenio canalero y Nicaragua, cuando mi padre viajó a Washington, el primero bajo el esplendor de la Buena Vecindad, obtuvo que se incluyera en el Presupuesto de los Estados Unidos, a guisa de noble compensación, la construcción de la Carretera al Rama.

Estériles son las recriminaciones entre los bandos que dividen a la familia nicaragüense porque desperdician el tiempo que nos falta para construir y porque en su fragor sucede que con tal de oír ofensas al contrario, no importa ceder espacio en sus publicaciones para agravios que a toda la nación infiera un extranjero. En la lucha desigual que se libró por largo tiempo entre la nacionalidad nicaragüense y las exigencias expansivas de los Estados Unidos, a cada acto interventor replicó una protesta, aunque fuera la dolorosa aventura sandinista. Estrada en San Jacinto es la contestación de 1856; Zeledón en el Coyotepe la de 1912; el Liberalismo Nacionalista la del Tratado del Canal y Sandino en las montañas septentrionales la de 1927. Que el veredicto nicaragüense, ya pronunciado establezca la verdad de Sandino y que las Segovias clamen, como lo hacen contra el bandolerismo, que para ello tienen derecho nicaragüense; pero que el extranjero que primero presenta a Sandino como símbolo, para destruirlo después, respete una gesta que en su etapa inicial muchas patrias quisieran para sí.

Revueltos en guerra andaban en 1906 los Estados de Guatemala, el Salvador y Honduras, originada en la rivalidad de Regalado y Estrada Cabrera. Zelaya gobernaba en Nicaragua y Viquez en Costa Rica. A Viquez le había entregado la Presidencia Esquivel que la ejerció

hasta 1912 y a Esquivel se la había entregado Iglesias que la venía ejerciendo desde 1894, en virtud de una reelección que la historia acusa de fraudulenta.

El Salvador acudió a México y a los Estados Unidos en demanda de mediación y el Presidente Teodoro Roosevelt envió el acorazado "Marblehead" a aguas centroamericanas. Se firmó la paz. Este es el primer acto de intervención directa del Gobierno de los Estados Unidos en la política de Centro América. Más tarde, Roosevelt y Díaz de México, excitaron a los Gobiernos de Centroamérica a una Conferencia de Paz estable en nuestros pueblos. Los Estados Unidos iban a decretar la política internacional de Centroamérica, iban a imponernos normas y sistemas de relación desde su propia capital. Tal dictado fué acatado sin réplica por Guatemala, El Salvador, Honduras y Nicaragua. También por Costa Rica

El 15 de Noviembre de 1907, se abrió la primera sesión de la conferencia. Pronunció discurso el Delegado costarricense Doctor Anderson y llamó al Cónclave "inspiración divina de los Presidentes del Norte".

Como fruto de las Conferencias se suscribieron 6 Convenciones y un Tratado General, con el principal objeto de evitar que unos Gobiernos fomentaran revoluciones contra otros. No pudo obtenerse. Siguieron interviniendo unos Gobiernos en los dominios de los otros a través de las emigraciones en actividad política. No pudo cegarse la fuente de las Guerras Civiles ni el sucederse del golpe de estado que tanto perturban la conciencia del señor Ulate. En 1916 Tinoco, que era Ministro de la Guerra se alza contra el Presidente Flores de Costa Rica y asume el Poder Público. Tres años más tarde, Chamorro de Nicaragua permite que se organice en su territorio una revolución contra Tinoco.

Y es que es viejo este proceso y en el mismo pecado incurren nuestros países. Ya en 1857 apenas apagada la Guerra Santa que elevó al Presidente de Costa Rica a categoría de Prócer, e iluminó a Juan Santamaría que Darío canta y dejó en Santa Rosa señal de gloria, Mora apoya a Martínez contra Jerez y Cañas a Jerez contra Martínez.

Recordemos que Costa Rica y Nicaragua, divididas por intereses de compañías extranjeras estuvieron a punto de combatir y que solo la nueva amenaza filibustera nos retornó a la fraterna alianza. En 1876 el Gabinete de San José, por acuerdo de 25 de Marzo, resuelve "apoyar de manera decidida y eficaz la Revolución de Nicaragua". Muchas veces la ambición de tierra equivoca y confunde a los pueblos y los hombres.

Aciago llega a los pueblos centroamericanos el año de 1922. Hay inquietud en los cinco Estados: Emigrados de unos y otros alteran la paz. El Gobierno de Estados Unidos convoca a los Presidentes de Nicaragua, Honduras y El Salvador para que se reúnan a bordo de un buque de guerra y suscriban un Tratado garantizándose recíprocamente las fronteras. En el mismo año, sin mediar protocolo ni consulta, el Departamento de Estado invita a los Gobiernos de Centroamérica para que concurran a negociar un Tratado que subrogue al de 1907. Los Cinco concurren. Nacen así los Pactos de 1923. Ningún Gobierno protesta ni la forma de la Convocatoria, ni la Sede escogida para la Conferencia, ni el silencio sobre la Corte Centroamericana de Justicia, abandonada por voluntad de Washington, porque uno de sus fallos había sido adverso a sus intereses imperiales.

Con los antecedentes enumerados nadie podrá negar, si puede leer con sobriedad en el Libro de la Historia, que han sido principalmente factores ajenos al patriotismo de nuestros hombres, que muchas veces accedieron y callaron por librar a sus patrias de males mayores, ajenos al ser nacional, los que, en largo recorrido, nos sometían en una u otra forma a la mano norteamericana. Nadie podrá negar que son las emigraciones políticas fundamentalmente responsables de la crisis centroamericana en que nos hemos debatido desde la Independencia

De otra parte, la historia centroamericana está llena de ejemplos que muestran que no es la diversidad de regímenes lo que ha traído agitación y rivalidades entre los Estados. Zelaya y Estrada Cabrera eran hombres fuertes los dos y fueron eternamente rivales. Homogéneos eran los Presidentes en 1921 y a pesar de ello nunca fue más extrema la intranquilidad centroamericana ocasionada por los emigrantes de Nicaragua que en Honduras hallaban amparo y por los emigrantes de Honduras que en Nicaragua conspiraban. Cedo la palabra a un internacionalista de renombre: "Llegan las emigraciones al lugar de su asilo y se dedican inmediatamente a intrigar para conseguir un auxilio de armas de un gobierno contra el otro, después se intensifican esas intrigas para enfriar el trato entre los dos gobiernos, para crear la desconfianza e inspirar el temor del uno para el otro, y por último, tienden a romperlos de relaciones y precipitarlos en la guerra para ver de sacar su provecho de la lucha que se empuña". Y sigue el Doctor Cuadra Pasós, que es a quien aludo, "Sea cual fuere la igualdad de principios políticos y la identificación de partidos entre el Gobierno de la República asilante y los emigrados asilados, se puede decir con toda seguridad que sus intereses son contrarios e inspirado en esta observación nuestro grande hom-

bre de estado don Anselmo Hilario Rivas, trazó una apotegma de nuestra política internacional centroamericana diciendo que "las emigraciones constituyen mayor peligro para los gobiernos de los Estados que les dan asilo que para el gobierno que adversan".

Alentador sosiego reinó entre Costa Rica y Nicaragua cuando eran Presidentes el General Somoza García y don Otilio Ulate Blanco, porque los emigrados políticos nicaragüenses y los legionarios del Caribe se dispersaron por distintos rumbos y abandonaron voluntariamente su refugio de San José y lugares fronterizos. Y distintos eran sin embargo los títulos presidenciales: El Poder Público con potestad para decirlo tuvo como buena la elección del General Somoza García, mientras el Congreso de Costa Rica, a quien corresponde tal prerrogativa, declaró fraudulenta la de Don Otilio.

Trágicos recuerdos para Nicaragua remueve Ulate Blanco, pasajes que en verdad acreditan el rubor centroamericano, como son la imprudencia de políticos nuestros y la ambición partidista forzada y aprovechada por el interés norteamericano, que repitió en nuestro suelo la intervención armada, dentro de la revolución constitucionalista de 1926. Mancha nacional el loma-zo de 1925 y la sumisa conducta de don Adolfo Díaz, apenas compensada con el laurel inmarcesible de una tropa que hizo triunfal cruzada de libertad y honor desde la Costa Atlántica hasta las puertas de Managua. Triste cosa es cierto la supervigilancia electoral concertada a la sombra del Espino Negro, de la que solo consuela el sacrificio impuesto al Partido Liberal, porque traía la paz y comprometía "el honor de los Estados Unidos a la justicia de un pueblo". Debían de leerse las proclamas del General José María Moncada para que tales palabras de sabiduría y dignidad borrarán de la conciencia americana las que pronuncia la interpretación artera.

Y pensar que pudo evitarse todo, si Costa Rica "con su paz interior, la sencillez democrática de sus costumbres republicanas y el prestigio internacional de que disfrutaba" hubiera cerrado sus puertas a la misión chamorrista de 1925, opina el Doctor Salvador Mendieta. "Si hubiera rechazado la misión chamorrista, Jiménez se hubiera colocado a mil codos sobre Orellana, Quiñónez Molina y Paz Barahona y habría adquirido una incontrastable fuerza moral para evitar la guerra civil en Nicaragua o para terciar gallardamente como un conciliador y un pacificador".

Militó mi padre, el General Somoza García, como soldado del Ejército Liberal en 1926; pero no tuvo principal figuración o mejor dicho figuración alguna en los pactos del Espino Negro. No fue protagonista ni intérprete, afirmación errada en que incurre Ulate que sin duda la copia del Libro "Entre la Libertad y el Miedo" de German Arciniegas. Fueron los Presidentes Moncada y Sacasa quienes le asignaron papel importante en su Gobierno. Fue la voluntad de su pueblo quien lo puso al frente de sus destinos. En cuanto a mí, debo repetir que en ninguna afrenta —sangre o imposición extraña— fundó el Poder que ejerzo. Me llegó por el intermedio legítimo del Congreso que ratificó después el voto libre de mis conciudadanos. Si hay alguna relación de sangre es la de mi padre derramada en asesinato vil que maquinó el odio fuera de las fronteras.

Cuando se retiraron los marinos americanos y la patria pudo respirar de nuevo aire de autonomía, fué designado el General Somoza García para ejercer la Jefatura de la Guardia Nacional. Es el primer Jefe nicaragüense cuando se va el último marino americano, y toda su voluntad e inteligencia las comprometió en esa Institución aceptada por los dos Partidos históricos, como garantía de paz y asiento de la República. La Guardia Nacional es instrumento de la Patria y no pedestal de ninguna familia o persona, como aparece en la versión tendenciosa de Ulate. El Ex-Presidente de Costa Rica olyida, al hablar de los orígenes del Ejército Nicaragüense, que fué establecido con el voto de su país en una de las Convenciones suscritas en Washington en 1923. Coincide la presencia de mi padre al frente de las armas nacionales, con el nuevo rumbo de la política latinoamericana de los Estados Unidos bajo la inspiración de Roosevelt, que ocupa en la memoria de América sitio igual a Jefferson y Wilson. Ya en la Presidencia, el General Somoza ordenó en ese ámbito nuevo su política de reparaciones, de nacionalización de riquezas, de justicia social. Aportó al país una enseñanza nacionalista e inauguró un puente de reconciliación nicaragüense. Debe saberse que la Constitución Política de Nicaragua dispone la tercera parte de los Poderes colegiados para la minoría y una representación en todo organismo de organización plural. Esta es la influencia en el mecanismo constitucional, de la doctrina Somoza de Gobierno.

El señor Ulate acusa a Nicaragua de mala vecindad, de peligrosa frontera, y habla de los países como si estuvieran contiguas la morada de las virtudes y la casa del pecado. Sin embargo, nunca Nicaragua ha enriquecido su territorio con una pulgada de tierra hermana y si de buena fe retenía territorio hondureño que creía suyo, se apresta, al recibir el golpe de sentencia adversa, a restituirlo a su dueño, con paciente dignidad y alto espíritu centroamericano.

En cuanto a las incursiones de la Guardia Nacional, doy pública satisfacción a Costa Ri-

ca si hubo los excesos que el cronista de desgracias se solaza en relatar. Y, de paso, creo que mi carta de veintitres de Noviembre fué bastante explícita en tan molesta materia. Tan solo debo repetir, pues, que fueron las amenazas comunes de la Legión del Caribe las que llevaron a los Gobiernos de Costa Rica y Nicaragua a concertar acuerdo por el cual tropas de los dos países podían traspasar las fronteras de ambos, como medio de preservar la paz, y voy a copiar un párrafo de autor costarricense, el ex-Diputado Albertazzi: "Quiero dejar claramente establecido, con la más categórica de las afirmaciones, que el intento patriótico por la frontera nicaragüense fué organizado y llevado a cabo total, absoluta y exclusivamente por elementos costarricenses. Las consejas que se hicieron circular en Costa Rica de que tal movimiento fué apoyado por la Guardia Nacional de Nicaragua, es una estupenda falsedad".

No quiero aludir, porque ha sido negado, al rumor de que don Otilio ya en la Presidencia, haya gestionado Pacto de Ayuda Militar con Nicaragua, a través de un español de apellido Ponzuelo que visitó Montelimar.

Lo que ha pasado después, al retornar Figueres a la Presidencia, en curioso "continuismo alternado", ya está expuesto y debatido. Puede leerse al respecto, la nota de la Cancillería nicaragüense a la de Costa Rica, cuando en 1954 se fraguó sangrienta invasión en aquellas tierras hermanas. Mi padre fué asesinado, por fin, en 1956.

Por lo que hace a reclamaciones económicas en normal tramitación, pienso que no es el monto mayor o menor en que se fijan agravios lo que aquilata el respeto a las soberanías que debe fundarse en superiores expresiones y que es tan solo la lealtad lo que otorga categoría a la amistad entre los hombres, sean o nó Presidentes.

Soy el primero en reconocer con emoción patriótica las virtudes públicas de Costa Rica que pueden presentarse como modelo a la consideración de América y del mundo, a pesar de la Jefatura vitalicia de don Braulio Carrillo y del Decreto del Presidente Alfaro, que tan en carne viva hirió a Nicaragua. No ha florecido en verdad el despotismo en esa tierra pródiga en letras y repúblicas, en bellas mujeres y cultivados hombres y en verdad el recorrido de la tragedia centroamericana se detiene en excepción, como en remanso u oasis, en la pacífica patria de García Monge, ajena al sangriento trajinar de otras latitudes. "La concentración de la población en la Meseta Central y la pequeñez del país, le ha permitido —observa Alberto Herrarte— desarrollar una especie de gobierno municipal, a cuya sombra una oligarquía se adueñó pacíficamente del poder que ha ejercido patriarcal y familiarmente, guardando las formas democráticas".

En mi calidad responsable de Presidente de Nicaragua, a la que no impide la juventud aleccionarse en el pasado y entender el signo de los tiempos, me preocupo hondamente por seguir los ejemplos superiores, por reparar males de antaño, por elevar a mi Patria a sitio de respeto y colaboración democrática en el concierto continental. Y en ese empeño que mis propios enemigos reconocen y el Liberalismo que es la mayoría de la nación respalda, no me desconsuela ni me martiriza que en vez de la voz de aliento que era de esperarse del vecino culto e impecable, me lleguen su diatriba y anatema.

He convocado a los Partidos políticos de la nación, para que en rueda de paz, ordenemos el destino nicaragüense, convengamos en las fórmulas nacionales para que cada partido tenga lo suyo en la Ley y se sienten las bases de la libertad electoral de 1963. En las conferencias de Quito será tramitada la Ponencia de mi Gobierno para que Observadores de la Organización de los Estados Americanos den fe de tal libertad. Lo que no puedo es faltar a la Constitución que juré cumplir o infringir agravio a la soberanía nacional a mi custodia confiada, pidiendo o aceptando para Nicaragua tratamiento discriminatorio. Claro que no es original el pensamiento de Ulate Blanco de las intervenciones colectivas, sino que nació en la Cancillería Uruguaya a la que oportunamente contestaron lo que tenían que contestar las otras Cancillerías de América. Lo que es original e insólito es que un periodista extranjero pida la tutela de Nicaragua y se dirija al Departamento de Estado para que proponga a la Organización de los Estados Americanos procedimientos unilaterales e interventores. Comprendo el concepto restringido de las soberanías nacionales, desde el momento mismo en que las naciones se constituyen en sociedad internacional; pero esa restricción no avanza hasta el extremo de no tener como lesivo e impropio, lo que se disponga en términos que no sean generales o no comprendan por igual a las naciones congregateadas. En cuanto a supervigilancia electoral se elevan en contradicción con el parecer personal de Ulate, las autorizadas declaraciones de prensa que dió en Managua el Doctor José Mora, Secretario General de la Organización de los Estados Americanos.

No me detendré a contemplar el problema comunista, sus implicancias y esencias en nuestros países, en uno de los cuales, cuya tradición democrática, política y económica tanto enorgullece a Don Otilio, ha tenido especial beligerancia, desde los puntos de vista del señor Ulate Blanco, porque no se reconoce en ellos seriedad sociológica, con solo que afirma que si los Es-

tados Unidos le hubieran hecho caso a él, a Don Otilio, se hubiera evitado en Cuba "la tragedia del Gobierno Marxista". No voy a incurrir en el círculo vicioso de tan simple, de que los gobiernos acusen de comunismo a toda oposición y las oposiciones atribuyen a los gobiernos la culpa de la infiltración comunista, que es el círculo de tan simple vicioso en que se encierra Don Otilio.

Por último, yo no he repetido como materia medular de mi carta de 23 de Noviembre, los encendidos elogios de Don Otilio Ulate Blanco al General Anastasio Somoza García, sino que los he citado de paso, teniéndolos como sinceros, con el halago y agradecimiento que son naturales al hijo que guarda veneración por el nombre de su padre y su memoria. Debe decir verdad el caballero Ulate, en su teoría de los desdoblamientos y las duplicidades. De todas maneras, es raro que el periodista se haya impuesto silencio y sellado los labios para que el Presidente abandonara su "casa de cristal" y se trasladara, tranquilo y festivo, a dar y recibir honor a la tienda del tirano. Es raro, digo, que el Presidente Ulate Blanco depositara en el Presidente de Nicaragua Somoza García "el cariño perpetuo y la simpatía eterna de Costa Rica", tan solo para que el periodista se diera la satisfacción posterior de desmentir al Presidente.

Digo que no cabe explicarse ni en astucia innecesaria ni en temor inmotivado fingir extremada amistad presidencial, deparar tratamiento especial al Embajador de Nicaragua, abrumar de regalo y cortesía al Presidente Somoza y a los funcionarios de su Gobierno. Y todo me parece más raro todavía porque el periodista Ulate visitó Nicaragua en 1953 y don Otilio no tuvo inconveniente en que el Distrito Nacional lo declarase Huésped de Honor.

Dice don Otilio que fué enemigo declarado de mi padre desde 1936, porque asaltó el Poder a través de un golpe de estado y eso no lo puede tolerar su delicada susceptibilidad democrática. Aclaro a quien lea que anda errado en ese concepto Don Otilio, como errada es su apreciación acerca de la caída del Doctor Leonardo Argüello. Ni hubo alzamiento de cuartel en 1936, ni obedece la caída del Doctor Argüello a la simplicidad de un traslado militar, así sea el del hijo del Jefe Director, militar graduado en West Point, que merece el respeto del país y por lo tanto la consideración de los de afuera. El señor Ulate con tal de lanzar inculpaciones se conforma en la ligereza del juicio, allí donde el historiador penetra en la trastienda. La implacable enemistad de don Otilio tuvo una salvedad en 1937, año en que como Diputado de Costa Rica integró la misión de su país a la Toma de Posesión del General Somoza. Olvida pues que su presencia apostólica ungió al Presidente de Nicaragua con el óleo santo de la legitimidad.

Yo no sé si el señor Ulate Blanco volverá a la Presidencia de Costa Rica, que eso es problema que a Costa Rica corresponde. Lo que sé de parte mía, es que el primero de Mayo de 1963 entregaré la Banda Presidencial al ciudadano que libremente escoja el pueblo de Nicaragua y no "las clases dirigentes" a las que Ulate Blanco emplaza. Y que si hoy la razón de mi cargo me obliga a no tomar para cosas personales tiempo que debo a las cosas públicas y a la sola defensa de mi patria injustamente injuriada, mañana, en la llanura, defenderé a la familia Somoza, que también de mi familia se erige Ulate Blanco en Juez y Fiscal. En los Registros Públicos constan nuestras propiedades y su origen, sin necesidad que para conocerlas apele el Periodista costarricense a listas clandestinas. De la condición de nicaragüenses y del ejemplo de aquel Grande Hombre, que fué mi padre —trabajador, infatigable y austero— heredamos sus hijos el amor y la alegría del trabajo.

Señor Director: Aprovecho la hospitalidad de "Revista Conservadora" para formular de todo corazón los votos más cálidos por la ventura creciente del pueblo hermano de Costa Rica, a quien tanto admiro y respeto. Que Dios conserve su riqueza y su paz, proteja su tranquilo discurrir y bendiga sus empresas que a todos los centroamericanos nos llenan de fraternal orgullo, mientras se incorporan nuestras naciones a su natural comunidad que será el término de sus males y la obediencia al mandato que nos dejaron Jerez inmortal y Morazán sacrificado

De Usted Atentamente

LUIS A SOMOZA D.

NOTA: El párrafo a que se refiere el Señor Presidente, —omitido por excusable error del linotipista y por injustificada falta del corrector de pruebas— es el siguiente:

"Cada vez que un gobernante salió del voto popular, fué desarraigado del poder por los cuarteles. Como en el caso de don Carlos Solórzano, salido de unas elecciones libres, a quien derrocó el General Emiliano Chamorro, conservadores ambos; o como el del Dr. Juan Bautista Sacasa, cuyo poder emanó de otras elecciones libres y a quien derribó su sobrino, el General Somoza, ambos liberales, por medio de un cuartelazo".

LA DIRECCION